

La recepción del pensamiento político anglosajón en España.

Homenaje al prof. Gilberto Gutiérrez

Damián Salcedo Megales

(Universidad Complutense de Madrid)

Ponencia en la *XXII Semana de Ética y Filosofía Política*, organizada por la Asociación Española de Ética y Filosofía Política, celebrada en Granada del 29 al 31 de enero del 2025.

I

Según John St. Mill, los filósofos antiguos enseñaron que la felicidad es el fin de la vida, aunque creían que la felicidad no es la propia de una vida de éxtasis, sino una vida con momentos de goce a lo largo de una existencia constituida por pocos y transitorios dolores y variados placeres, con un predominio de lo activo sobre lo pasivo, la cual tiene por fundamento no esperar de la vida más de lo que la vida puede dar. No advirtió, sin embargo, el perspicaz filósofo que esa manera de entender una existencia feliz, la ponía fuera del alcance de los jóvenes, quienes, por su propia naturaleza, esperan de la vida más de lo que ésta puede dar. De este modo, añadimos nosotros, también viven engañados sobre su propia felicidad y sobre lo que, en general, importa en la vida.

¿Qué es lo que no supimos apreciar cuando éramos jóvenes porque entonces no sabíamos lo que la vida puede dar? Pues, ciertamente, muchas cosas. Pero como estamos aquí para homenajear al profesor GILBERTO GUTIÉRREZ, me referiré a una de sus obras: “La estructura consecuencialista del utilitarismo”

<https://revistas.ucm.es/index.php/RESF/article/view/RESF9090120141A/12176> . Se trata de un artículo aparecido en el vol. III, nº. 3, de la *Revista de Filosofía*, en 1990. Diré que, como jóvenes que éramos, no supimos apreciar la importancia de este trabajo.

Dicho artículo era ya notable en su época, aunque solo fuera por sus números. Tiene 34 páginas, 144 notas a pie de página, 11 secciones y, en un cálculo un poco a ojo, no menos de 90 referencias bibliográficas. Hoy lo pondríamos no en el apartado de artículos, sino más bien en el de los capítulos de libro.

No obstante, siendo notable por todo ello, lo es también, naturalmente, por razón de su contenido. El profesor GILBERTO GUTIÉRREZ analiza en este trabajo la naturaleza de la teoría utilitarista en cuanto teoría. Y lo que encuentra en su núcleo es una teoría de la racionalidad práctica particular: el consecuencialismo. Utilizando la

comparación con las teorías éticas clásicas –las de Aristóteles, Sto. Tomás y Kant- nos va revelando las peculiaridades técnicas que distinguen al uso consecuencialista de los conceptos fundamentales que ha de manejar una teoría ética, en especial, las relaciones entre los elementos fundamentales de la valoración y la obligación.

El profesor GILBERTO GUTIÉRREZ es un crítico de las propuestas de la tradición utilitarista, desde las que formulase su fundador, Bentham, hasta las más refinadas concepciones contemporáneas (las de Hare, Brandt y Harsanyi). Sin embargo, el lector de su trabajo quedará decepcionado si espera encontrarse con el habitual “desfile de monstruosidades morales” que solían poblar los escritos críticos del utilitarismo de aquella época. Lo que, por el contrario, hallamos en “La estructura consecuencialista del utilitarismo” es un análisis exigente de una teoría *en cuanto* teoría. Por tanto, su pregunta no es si el utilitarismo contradice nuestras intuiciones morales. Por el contrario, la pregunta que el autor intenta responder es la de si el utilitarismo es una teoría consistente como teoría moral. Lo que va apareciendo, entonces, en las páginas de su trabajo, sobre todo a partir de la mitad del artículo, es que la teoría tiene una cierta tendencia a “desvanecerse”. Dicho de otro modo, si la teoría pretende que las decisiones humanas se guíen por la búsqueda racional de la obtención de las mejores consecuencias -del bien humano, podríamos decir-, lo que tiene que recomendar es que nadie se guíe por un principio consecuencialista de decisión a la hora de calcular ese bien. Como teoría práctica, pues, a ojos del autor, el utilitarismo es una teoría, como mínimo, paradójica.

Ya pueden ver que “La estructura consecuencialista del utilitarismo” es un trabajo notable por las razones mencionadas de su forma y de su contenido. No obstante, ahora quiero referirme a otra característica que lo hace también un trabajo especial. Como quiera que el utilitarismo fuese el alma de muchos desarrollos de la economía política a partir de 1870 y como quiera que fuese el alma de lo que en Gran Bretaña se llamaba la Administración Social (núcleo del desaparecido Estado de Bienestar inglés), una corriente muy influyente de dicha tradición se desarrolló en los trabajos de los economistas. De modo que a la hora de indagar cómo hay que entender los principios utilitaristas en sus versiones más operativas no hay más remedio que zambullirse en este ámbito de la ciencia social. Pues bien, frente a ese reto, en el momento en que otros se lo hubieran pensado, el profesor GILBERTO GUTIÉRREZ no tuvo inconveniente en ponerse a trabajar la bibliografía metateórica de la ciencia económica en la que se trataban los supuestos, las dificultades y las paradojas de la

teoría utilitarista. Quizás es en esa bibliografía donde mejor se puede ver la naturaleza especialmente difícil de la aplicación como filosofía pública de los principios utilitaristas. Y creo que es en esa bibliografía en donde el profesor GILBERTO GUTIÉRREZ encontró las razones más rotundas para no ser un utilitarista en filosofía moral.

II

En este momento quisiera referirme al contexto en el que se produce este trabajo. Esta consideración es importante para apreciar los valores del mismo.

Como he mencionado “La estructura consecuencialista del utilitarismo” se publicó en 1990. No obstante, es obvio, como su bibliografía muestra, que es un trabajo que se estuvo elaborando en la mente de su autor como mínimo desde inicios de la década de los 80. Quisiera explicar qué estaba pasando en esa década en la filosofía española, aunque sea a través de mi propia vivencia y de un modo muy impresionista.

Verán, cuando yo comencé a estudiar filosofía en esta universidad, corría el año 75. En ese año el fondo de obras filosóficas más importante en español lo tenía la editorial Gredos. Consistía en diez o doce tratados de ontología cuyos autores pertenecían a lo que se conocía como la escuela neotomista belga. En el año 1975 murió Franco y fue como si un reloj que hubiera estado parado durante mucho tiempo se hubiese puesto en marcha. Todos estábamos tratando de ponernos al día. (“Deprisa, deprisa”, era la consigna). Había una urgencia para pasar del siglo XIII al siglo XX. De modo que cuando un joven catedrático llegó a la licenciatura para enseñar –en el curso del 79, si no recuerdo mal- algo que se llamaba filosofía del lenguaje y comenzó a hablarnos de actos del habla y nos puso a leer a Wittgenstein, los 10 ó 12 estudiantes de que constaba mi promoción, nos dimos un susto. Pero sabíamos que aquello ya era el siglo XX. Otros estaban en el XIX, a vueltas con Marx, Nietzsche y Freud. Nosotros ya estábamos en el siglo XX. Así que al terminar mi tesina en el año 81 y un recién llegado GILBERTO GUTIÉRREZ me propuso hacer una tesis sobre racionalidad de las decisiones colectivas, no tuve dudas: yo quería estar en el siglo XX.

Afortunadamente, no era yo solo. A muchos les pasaba lo mismo. En Santiago de Compostela, la joven catedrática Esperanza Guisán empezó a organizar la Sociedad Iberoamericana de Estudios Utilitaristas y a convocar congresos para hablar de teoría ética y de filosofía política. Las convocatorias fueron un éxito. Todos los que en España sentían simpatía por la filosofía que se hacía en inglés estaban allí, junto a muchas

personas provenientes de Portugal y de los países iberoamericanos. A la profesora Guisán le molestaba que se le dijera que allí no había muchos utilitaristas. Si bien, lo cierto, es que todos citábamos a los mismos autores y nos interesábamos por los mismos temas. La bibliografía que cita el profesor GILBERTO GUTIÉRREZ en su trabajo hubiera sido reconocida por todos los que allí se reunían.

Aquella época fue extraordinaria. Me gustaría destacar el carácter interdisciplinar de aquellos encuentros. Allí estaban, junto a los licenciados en filosofía, otras personas provenientes de otros campos como el derecho, la economía o las ciencias sociales. Los intercambios eran sumamente enriquecedores y quienes empezaban sus tesis doctorales podían aprovechar un mundo entero de posibilidades inesperadas.

He deseado transmitirles el bullicioso ambiente de curiosidad intelectual que se vivió en aquellos años. Ahora quiero contarles que todo ello desapareció abruptamente. Nosotros estábamos felices en las reuniones utilitaristas de la profesora Guisán. Mas otros no estaban allí y no estaban muy contentos con lo que estaba pasando. Así que los otros decidieron que todo eso se estaba yendo de madre y que había que hacer piña en contra del utilitarismo. Decretaron la excomunión de todo lo que tuviera que ver con la filosofía anglosajona (que ellos llamaban utilitarista) y proclamaron los valores absolutos de la filosofía continental. Una vez extendido el ucuse, nadie en su sano juicio quiso arriesgarse a que se le asociase con los malditos. Los congresos que organizaba la profesora Esperanza Guisán se despoblaron súbitamente; las publicaciones se vieron detenidas; las carreras académicas dificultadas. Se había decidido que había que sanar a la universidad española de cualquier infección que proviniese de ese ámbito de estudios.

III

Vuelvo ahora al artículo de GILBERTO GUTIÉRREZ

“La estructura consecuencialista del utilitarismo” era un trabajo importante. Al año siguiente de su publicación, se publicaron dos réplicas escritas por el profesor Lara y por mi mismo, con una respuesta del propio GILBERTO GUTIÉRREZ, en la *Revista de Filosofía*. En aquellos años la profesora Blanca Rodríguez y el profesor Pedro Francés estaban haciendo sus tesis doctorales en las que proseguían lo temas de interés que se mencionaban en el trabajo de GILBERTO GUTIÉRREZ: las exigencias de racionalidad a las que debía someterse una teoría moral.

Sin embargo, el ambiente académico en el área de conocimiento era extraordinariamente hostil. El rótulo de utilitarista que se ponía a estos trabajos era una losa pesada para las personas que los realizaban. Existía una política decidida de que tales estudios no avanzaran. Y así fue.

De modo que el artículo de 1990 de GILBERTO GUTIÉRREZ que era un artículo importante, pero que podría haber sido uno más junto a otros artículos importantes en un conjunto que se debería haber desarrollado a lo largo de los años, se convirtió en un ejemplar único, raro, aislado, en medio de un océano de trabajos que exaltaban pensamientos que mostraban su hostilidad a esa corriente. El efecto no querido por estos últimos fue que creciera la importancia del trabajo de GILBERTO GUTIÉRREZ, aunque nosotros en aquel momento no lo supimos ver. No lo supimos ver porque nos sabíamos lo que la vida nos puede dar. Nos engañamos creyendo que las cosas solo podrían mejorar; que la vida podría darnos más. No fue así.

Ahora que han pasado los años y ya sabemos lo que la vida puede dar, también podemos atribuir la importancia que realmente tuvo el trabajo de GILBERTO GUTIÉRREZ en sus justos términos. Y podemos descubrir cuanta inteligencia y atrevimiento había que tener para, partiendo de entornos neotomistas, avanzar hasta discusiones formales sobre la naturaleza de las teorías éticas propias del mundo filosófico de aquellos años. Por eso estamos hoy aquí: para corregir el engaño en el que vivimos y honrar a GILBERTO GUTIÉRREZ por la valentía e inteligencia que mostró en una época oscura. Muchas gracias.